





Habia publicado este eminente orador un artículo curioso titulado: De algunas locuciones viciosas, tratando también de la i lo y; y yo, que me hallaba en unos baños minerales, me apresuro a escribir una contestación, que es la que figura en la Revista, a los pocos días de haberse publicado. El Sr. Alcalá Gallano no replicó; no tenía la institución del Sr. Basco. Poco después estubo la institución de la academia de repensamiento en aspiración a la importancia y encumbramiento que alcanzaron en la actualidad, me refugio a reproducir la parte de lo publicado en la Revista, referente al tercer pronombre personal, como asunto propio del cuerpo custodio y moderador del idioma castellano. En una sola sesión pública fueron recibidos los señores Pastor Diaz, Hartembusch y yo; y a cada uno de los tres nos contestó en un mismo discurso el director señor Martínez de la Rosa.

El Sr. Basco impugna mi discurso de ingreso, sin que parezca haber leído los demás puntos tratados en la Revista; y por cierto que está desahogado, si no sabe cómo no me escuri avergonzando, si se escurrió y cabalgó, al oír la falange de escritores citados por el Sr. Martínez de la Rosa, que usaron el lo en acusativo masculino. No imitaré al Sr. Basco en sus arrebatos de mal género, ni responderé sino que el Sr. Martínez de la Rosa no abordó la cuestión, que conocí la variedad del uso, i que, por lo mismo que presidia, se abstuvo prudentemente, e hizo bien, de dictar sentencia, i hasta de aventurar opinión.

Yo me quedé con tanta serenidad i satisfacción como antes, sin victoria como sin derrota en aquel acto, confiado en que acertaría, queriendo que se materializara en la pura conclusión que se me parace tan razonable. El pur si muore, ya siempre se pensará y también aunque con templanza, en los folletos del Sr. Basco, que abarcan diversos puntos, pertenientes a la purificación del habla castellana: dado que si encuentro el aplaudido, la intención i frecuentemente el acierto, justo será que, al tomar la pluma, no me contento con defendérmelo. En esgrima, el que para un golpe responde vivamente con una estocada.

Bras mis conclusiones:

- 1.º Que lo es el acusativo masculino i neutro del pronombre él;
- 2.º Que que el es una concesión o una licencia admitida en ciertas ocasiones de acusativo, por eufonía o por especial significación del verbo;
- 3.º Que rara vez convendrá el acusativo lo a pronombre de cosa;
- 4.º Que aun en pronombre de persona o otro ser viviente, o en otros oraciones, no cabe el acusativo lo, sino cuando en el tal caso llevaría el nombre el artículo la; i sólo únicamente en acción determinada, concreta, de venir a la imitación, como presenciaría afectaría a los sentidos;
- 5.º Que lo i les son dativos absolutos, en singular i plural.

El hecho es, como necesariamente lo reconoce el Sr. Basco, que para proveer a nueve funciones, no disponemos más que de seis monosílabos, lo, la, le, los, las, utilísimos como pronombres antepuestos al verbo, i bellísimos como afijos, que nos evitan el griego i el latín. En la precisión de cubrir dos funciones con un mismo pronombre i de incurrir en cierta anfibología, que es preferible, confundir casos o confundir géneros? De qué lado están los menores inconvenientes? Es toda la cuestión. ¿Cuál es la solución gramatical?

La gramática no es lejadiora: analiza, dicta, coordina i reopila; y sus reglas son deducciones. No siempre há que buscar la lógica en la estructura de los idiomas, pues que en todos abundan las irregularidades, por lo ignoto de algunos orígenes, por el desgarro de muchos vocablos, o por el vario sentido que adquieren, o por locuciones locónicas i caprichosas, i sobre todo, por injefo de la eufonía, a la cual son débidos las galanuras, la armonía i el primor, de grande arrollo a oídos cultos i delicados. Há mémos filosofía, mémos rigor matemático, mémos simetría i consecuencia, pero mayor belleza, ternura i bien sonancia. De ahí los verbos irregulares i defectivos, los modismos, idiotismos, frases, i todos los accidentes gramaticales que carecen de toda explicación. El vulgo lima i corroe los vocablos sin curarse de su procedencia, trastueca las letras al pronunciar, i únicamente se atiene a lo más fácil; los doctos aceptan tal cual simplificación, aunque a veces les cuesta un suspiro el estudio de una etimología; pero se mantienen firmes en lo esencial, resultando un lenguaje culto i expresivo enfrente de otro vulgar i chabacano. Así se evita se através a rechazar tantas frases acósmicas pero expresivas, como a piés juntillas, o a ojos vistas? ¿Quién a calandino, ni a muerclito de frío? ¿Qué cosa más preciosa aplicada a un niño trillando, no le es el mismo idioma al niño hablado por hombres? Pues la lógica i la eufonía están en contra del tema del señor Basco.

También há veladades en el uso, a manera de las modas. Recientemente se ha puesto en boga en España el calificativo levantado, en sustitución i destierro de elevado. Animo levantado, espíritu levantado, estilo levantado, aspiraciones levantadas, pensamiento levantado, eso i más cuando en el parlamento, en la prensa i en la conversación. A mí no me parecen felices esos levantamientos, por más que alguna vez se nos denuncie a todos por contario al hablar o escribir. Levantado, si no me equivoco, es mover una cosa i subirla a una elevada altura; acto material, sentido primitivo y recto. Elevar es encumbrar, remontar una idea, que es de difícil o imposible acceso al hombre. Se levanta el que estaba acostado o sentado, se levanta un preso, se levanta

una tempestad un temblor, una barrida, un pendón, un tablado; y nada de eso es elevado. Se levanta en un caso, se levanta una torre tan alta, que se eleva sobre las nubes; se levanta del suelo el globo aerostático al desamarrarse i luego se eleva lentamente por los aires.—Se eleva el alma a Dios, el entendimiento a la investigación filosófica, el espíritu a la contemplación de lo inereado, el ánimo al heroísmo, el pensamiento a la eternidad, las aspiraciones a la dominación: eso es más que levantarse. Pero la novedad tiene su atractivo más o mémos estable: ojala prueba de que los idiomas no están sujetos a regla i compás. Lo cual no se respaldar absolutamente lo levantado, sino protestar por mi parte contra el abandono o exclusión de lo elevado.

Volviendo a la cuestión, atribuye el Sr. Basco una importancia suprema a la distinción de los géneros masculino i neutro en el acusativo del pronombre, sin escrúpulo ninguno de amalgamar i confundir los casos de dativo i acusativo en masculino; al paso que yo opino de un modo diametralmente opuesto.

Convenido el lo dativo para todos los tres géneros, pongamos ejemplos de acusativo. "Abro un libro i lo leo," masculino. "Veo un hombre i lo saludo," masculino también. "Lo bello agrada, lo busco," neutro. "Lo malo daña, lo evita," neutro. "El andar es sano, lo ejercito," neutro igualmente. "Há aquí ni cabe anfibología, ni ocasión de duda? ¿Puede nadie vacilar en la referencia del pronombre lo, aunque sean distintos los géneros? Son las oraciones más frecuentes.

De paso diré que el infinitivo es neutro en castellano, como en griego, en latín i en todos los idiomas que conjugan, porque otra cosa no puede ser. Modo del verbo, orijen i raíz de todas sus formas, sin denotar persona ni tiempo, tiene una significación vaga, que no se aviene al género masculino, i mémos al femenino. El Sr. Basco establece que unas veces es sustantivo i otras es verbo. Esto último no habia para qué decirlo: aquello era preciso probarlo. Supone que el infinitivo en funciones de nombre va siempre precedido del artículo indicativo el, i que por ende corresponde al género masculino; pero es un error. Tanto fuerza tiene "andar" como "el andar," "vivir" como "el vivir," "morir" como "el morir;" ahí el artículo ni quita ni pone género. Há más: porque Jáuregui dijese en poética licencia "el dulce del amor sin el amargo," ¿cómo se convertir en masculino lo que de sí es neutro? Para ser consecuente, el Sr. Basco debería autorizar i canonizar lo siguiente: "el andar lo ejercito," "el morir lo ejerco;" o bien: "lo andar lo ejercito," "lo morir lo ejerco." Ríase tenazmente!

Más el Sr. Basco, sútil i tenaz contendor, no se rinde tan fácilmente. Dice que al infinitivo solo o aislado, no lo encuentra más que en los casos de la declinación, i repite que allí le precede el artículo, como: el comer, del comer, al comer, etc. Se olvida de que también se declina sin artículo, como: de comer, a comer; i se usa: quiero comer, voy a comer. Da suerte que no aparece tal sustantivo necesario, ni tal masculino. En último extremo se refugia a sustentar que el pronombre lo no se refiere únicamente al infinitivo, sino a una frase, como: el andar es provechoso, por eso lo ejercito; pretendiendo que no ejercito el andar, sino que busco provecho andando. Eso en períodos es no entenderse a sí propio. El infinitivo es infinitivo, ni más ni ménos.

Visito i demostro el escaso efecto que reporta la claridad de la promiscuación de los casos por sistema, atribuyendo cuatro funciones exclusivas de él, las tres en dativo i la cuarta en acusativo masculino, falta patentizar brevemente las ventajas inmediatas del sistema opuesto.

"Juan es mi amigo, voy a buscarlo," acusativo i sustantivo completamente; voy a buscarlo, dativo; según el leitmo, porque puedo buscarlo al (acusativo) o alguna cosa para él (dativo) con evidente anfibología. Há que tener pendiente el oído para saber cuándo concluye la frase. "Tengo una casa i voy a visitarla," acusativo; "voy a pintarle la fachada," pronombre en dativo. En esto no há diverjencia de opinión.

(Concluírá.)

LA LUNA DE LA VELADA.

El reloj de la torre vecina há dado lentamente las campanadas de la méda noche. Mi lámpara, yá casi apagada, baña a veces los objetos que me rodean con luz azulada i trémula: se ha estinguido i no alumbrará más; su llama vive... intenta elevarse i espira: así lucha la esperanza con un destino implacable. Buscamos a Dios en la soledad, porque lo que tenemos de divino se desliza allí con nuestros pensamientos; juegan con las flores, las brisas i las aguas; se estanca contemplando el cielo. Amamos el silencio, porque donde él impera, el alma reina; porque ahí, libre ella del ruido i de las miradas del mundo, recibe nuestras caricias como la esposa que por vez primera se atreve a reclinarse su cabeza en nuestro pecho, suspirado por un amor inmortal. Cuando en medio del desierto, bajo el lojoso pabellón de la noche, se pone oído atento a los vagos rumores de la selva cercana, escuchamos a la soledad, que alienta, al silencio que se cierna sobre ella en las tinieblas, ajitando con sus alas brisas impregnadas de aromas. Cuando la luna llena se levanta sobre las cumbres puntiagudas i negras que sombrean el valle donde así, i dura con su luz macilenta las móviles alas i techumbres de los bosques de palmeras, que se elevan en torres sobre los collados de vegetación como ilares y majestuosos, el viento suspira en las follajes; el río juuocoso, sin finas ni murmullos, refleja todo el esplendor del

cielo; los buitres sacuden sus plumas i graznan en las espavuras; y las palomas jimen. Es que la soledad há despertado. Pocos momentos después no se oye ya ni el vuelo de una hoja; el silencio há descendido sobre la selva i la soledad duerme de nuevo bajo sus alas i sus brisas.

Desietos amagos! sé que me esperarás, i tardaré! Noches de paz i deliciosos delirios, por qué placeres os he desahogado!

Un rayo de la luna avanza temeroso en medio de la oscuridad de mi estancia, livido como los primeros resplandores de una aurora de invierno. ¿Cuán lentamente, cuán silenciosamente triste correteaba ahora esa bóveda inmensa de concierne azul!

¿Qué de maternales besos e infantiles alegrías trae a mi memoria! ¿Qué de los castos deleites i lágrimas de un amor primero! ¿Recuerdos de un adios i un último beso, humedecido por el llanto de esa ojita que por mí tanto há llorado! ¿Cuántos ensueños de gloria en vano perseguí! ¿Qué habla a mi corazón de una tumba solitaria i sin sombra, en medio de una llanura que cubren aromos i zarzales? Yá lo sé!

Sobre la campiña que avanza, rodeada de umbrosas ceibas i florecidos naranjos hasta la gradería de la casa paterna, estaban esparcidos i deshojados nuestros ramilletes de rosas i albahacas. Una preciosa niña de blanco i vaporoso traje, de talle fino i inquieto, suelta la hermosa cabellera, busca a tientas, porque está vendada, un distraído a quien aprisionar, entre los niños que están en el instante. La veo en este instante: la he desatado la venda al entregármela los cabellos i me mira con sus húmedos i negros ojos, ántes de cubrir los míos con un pañuelito de batista.

Los retozos infantiles cesan al fin a la bulliciosa turba. Reclinada en el regazo materno, manos que se dejan caer para que yo las beso, juegan con mis cabellos.

La apañable luz de la luna há reemplazado de los arreboles de ópalo i oro. Algunas aves desbandadas, que atraviesan el horizonte con pasado vuelo, se destacan sobre los últimos resplandores del ocaso i desaparecen tras de los bosques lejanos de pisamos. A distancia i a ratos se oyen cantares campesinos, cuyos acentos tristes i monótonos lleva el viento, vuelve a traer i torna a llevar.

Un caballero se acerca a la gradería i se apena con destreza. Viste de blanco, lleva botas hasta la rodilla i calza espeles de plata. Los niños corremos a rodearlo, impidiéndole andar: pero le agajan i abullan de alegría: há tomado del regalo de mis rosas al más pequeño de mis hermanos i le hace caballo en uno de los rodillos; yo me afano inútilmente por disputarle a Pedro, el paje mánado, el honor de desahogar a las espaldas a su amo. El mi padre.

Los labriegos, que tanto le amoran, cuentan haber oído sus pasos en esos pobres hogares que visitó, remedando miserias; i me han referido que escuchan aquella voz armoniosa, en los campos que él cultivó, cuando la luna ilumina los noches calladas. Yo le he llamado el día de mi nuncio infortunio, i aunque sé que vela por mí, nunca responde!

Amor mío, amor primero de mi corazón! Sólo me quedan de ti recuerdos que evoco temeroso, ¡esa luna, confidente ántes amable de nuestras tristezas i alegrías, que ella olvidó ya.

Aun está sobre mi pecho el calor de esa cabeza destrenzada; aun oigo los acentos inarticulados de sus labios; todavía siento gotear sobre mis manos sus lágrimas ardientes, las veo rodar de sus ojos, velados por el pudor, abrilantadas por los besos de la luna, que tanto amó...!

Pobre Felíz! Si con lágrimas pudiera saciarse esta sed que devora mi alma, si con lágrimas tuyas debía comprarme mi corazón, ¿quién se atrevería a disputármelo!

¡Há instantes en que te pretencio entero. Esa impalpable rival que te lo roba, es mémos amor que tú. Esta vision querida, que me hace olvidar de mí criminal desamor. No la temas cuando velo a tu lado, i tus sonrisas i las caricias de nuestros hijos, me hacen olvidar crueles i pasados infortunios.

Pero cuando en horas avanzadas de la noche, entras con pasos quedos a la estancia en que trabajo, a la luz de una rídica lámpara, cuyos resplandores amortiguan los rayos de la luna nascente: cuando te acercas i mis oídos no te oyen ni mis ojos te buscan... ¡llora i perdona porque mi corazón te es infiel i tu rival es la Gloria.

Si pudieras visitar un instante lo que lejos de tí me tiene en hogar, compadecerías al mismo que rechaza tu luz i tu amor. Ahora me rodea un silencio espantoso: así mis ojos que penetra, há diez años, en nuestra cámara nupcial, viene como a buscar aquí a tu esposo amante de otros días; i no habla flores ni cortinas vistosas. Un acento de tu agasajadora voz, el aroma de tus vestidos harían volver la alegría a mi corazón, que más tarde en vano procuraría despertar, porque permanecerá frío, muerto bajo tu frente.

Tal vez llegaré a tu día en que busques, entre otros sepulcros, un sepulcro sin nombre, i jentes extrañas te mostrarán el mío.

Háblame entonces de mi amor; ¡oh luna! Háblame de las noches en que, ayudado por tu luz, descendía yo de las sierras de San Antonio al pequeño valle sembrado de sauces, donde blanqueaba la perfumada mansión a cuya puerta me esperó alguna tacita de vino. Háblame de las tardes en que reclinado en tu cabeza sobre su hombro oyendo los jendos del viento en los peñascos i los sollozos del caño, i mientras seguía en mis ojos sus corrientes azules en la verde vega del Peñón plantado a lo lejos al serpiente en el confín de la llanura. Háblame de nuestro último adios... i del último beso.

so mío que enjugó sus lágrimas. Ahora la llanura está solitaria; el viento sacudirá los aromales resacos, esparciendo en los gramíneos hojas muertas. ¡Y donde estarás la tumba que mi alma busca allí? Nunca olvidaré mis piés los zarzales que la rodean; no há humedecido ese polvoro sus lágrimas mis. Mis labios no tocan ya y he dejado una mano cariñosa que meció mi cuna. Mi acento no llegó a los oídos de esa madre amorosa, cuando la rodeaban algos de sus hijos, esperando un adios i una bendición que yo no merecí. Mis ojos la lloraron tarde!

¿Eres, pues, de esos dolores de lo que vino a hablarme un rayo de tu luz, solitaria viajera del cielo?

Mucho tiempo hacía que contempládotos no brotaba de mis ojos tan copioso lloro. ¿Permita Dios que ellos se cierren para siempre ántes que se haya sacado sobre mi corazón la última lágrima.....

JORJE ISACAS.

REMITIDOS.

OTRA ACLARATORIA.

Como encargado de la obra de la reconstrucción de la capilla del cementerio, me veo en la necesidad de ocupar por un momento la atención del público, para hacer una lijera aclaración sobre el artículo que bajo el epígrafe de "Una aclaratoria" i inserto por Marcos Herrera, se registra en dos de los periódicos que se publican en esta ciudad.

En el número 1,087 de Los Andes, correspondiente al 9 del presente, publicó una razón de los gastos hechos en la mencionada capilla desde el 3 de Julio hasta el 31 de Agosto último, en la que aparecen dos partidas entregadas al maestro Marcos Herrera por valor de 129 pesos 7 reales la primera, i 99 pesos 3 reales la segunda.

Esto há dado ocasión al maestro Herrera para publicar un aclaratoria, apurándose a manifestar que no es exacto que dichas cantidades se lo hayan entregado, pues él sólo recibió 12 pesos en remuneración de su trabajo personal en ocho días, i haciendo saber al concluir que escribe en guarda de su honor i para satisfacción del público.

Como los términos en que está concebido el artículo pueden dar márgen a interpretaciones desfavorables, me creo en el deber de poner en conocimiento del público, que las dos sumas anteriormente expresadas, no sólo representan el valor del trabajo del maestro Herrera, sino también el de los jornales de los artesanos que bajo su inspección trabajaron, según consta de las planillas que tengo en mi poder, firmadas por el mismo Herrera i el sobrestante de la obra; i si bien es cierto que sólo correspondían al primero 12 pesos por su trabajo, no recibí únicamente esa cantidad como la afirma, sino 30 pesos 4 reales por su propio jornal i el su de sus ayudantes, siendo el resto distribuido entre los demás trabajadores, como él mismo lo dice en su escrito, sin que a ello me haya excitado persona alguna. Mas al formular una cuenta jeneral para informar al público de lo invertido en la obra, me pareció suficiente contar las partidas en cabeza de los diversos maestros, sin entrar a especificar cuántos hombres trabajaron, sus nombres, ni lo que cada cual ganó por su trabajo, i sin que esto, en mi concepto, pueda ofender el honor del Sr. Herrera. Basta, en efecto, fijarse en la cuenta publicada en Los Andes i se notará que no aparece en ella ninguna cantidad invertida en pago de carpinteros. Fijese también en las fechas en que esas sumas fueron entregadas, i fácilmente se comprenderá que en tan pocos días no es posible que un solo individuo gane por su jornal 229 p. 7 reales. Es la misma cuenta se verá también una partida de 154 pesos entregados al maestro Leopoldo Alaba, (que hoy reemplaza a Herrera), siendo días de pago del último pago hecho a éste, desde que hasta ahora sepa que se lo haya ocurrido que su honor peligró ni que tenga por esto que dar una satisfacción al público.

Pero los términos en que está redactado el artículo en referencia, así como la ostensible publicidad que de él há querido hacerse, están relevando claramente, que no es sólo el daseo de desvanecer cualquier juicio temerario, sino también una injusta prevención la que há impulsado a su autor a publicarlo.

Otra consideración que me movió a incluir en una sola partida los jornales pertenecientes a los demás trabajadores, fué la de no abusar de la bondadosa oferta de los señores redactores de "Los Andes". Estos estimables sujetos que tan jenerosamente contribuyeron para todo lo que es de público interés, me ofrecieron las columnas de su interesante periódico para que en ellas publicara mensualmente la razón de lo gastado en la capilla del cementerio; que he creído natural i justo, no abusar del ofrecimiento que se me había hecho, dándole para su publicación cuentas minuciosas que ocuparan demasiado espacio en el periódico: por eso me he propuesto ser lo más conciso posible en la formación de esas cuentas, para disminuir así a la impresta un trabajo que es voluntario i gratuito.

Concluírá advirtiendo que en adelante no constarán artículos como el que me ocupa, i que los comprobantes correspondientes a lo invertido en la obra, existen en poder del tesoro Sr. Emilio Murillo, donde puede verse todo lo que deseo.

Guayaquil, Setiembre 23 de 1874.

José M. Molina.

